

Decía que de aquel mal  
El solo la causa fué  
Con la maldecida caza  
Dispuesta en obsequio de él.  
En fin, de aquella dolencia  
Al rayar el día diez  
El rey se sintió mortal,  
Y á Manrique el canceller  
Demandando á toda prisa,  
Y á su confesor despues,  
A concluir se dispuso  
Como católico y rey.  
Entonces cruzando el moro  
De las puertas el dintel,  
De la turba cortesana  
Cruzó sombrío á través.  
"Doctor (le dijeron muchos),  
¿Creeis que viva?—Tal vez,  
Les dijo, dure cuatro horas."  
Pero no llegó ni á tres.

## VII.

Murió Don Enrique en lúnes  
Treinta de Mayo á las dos,  
Como á un caballero cumple,  
Como á un monarca español.  
Fama de bueno y de justo  
Y de liberal dejó,  
Mas juzgó mal de su muerte  
El vulgo murmurador.  
De aquella dolencia incógnita  
El fatal estrago atroz  
En breves días, sin tregua  
Al sepulcro le arrastró.  
Y aquel agujero funesto  
De haberse apagado el sol;  
Y hacer noche al medio día  
En el que él adoleció;  
La amistad con aquel moro,  
Tal vez secreta ocasion  
De la enfermedad traidora,  
A muchos les recordó  
Lo bastardo de su sangre  
Y la sangrienta traicion  
Con que en Montiel á su hermano  
El rey Don Pedro mató.  
Unos lo dan por prodigio,  
Otros por falsa invencion.  
¿Quién, pues, lo cierto averigua  
A través de tanto error?  
Las conjeturas son rectas;  
El moro desapareció,  
Y el rey empezó á sentir  
En las plantas el dolor  
Desde el día en que sus ricos  
Borceguíes se calzó.  
La causa, pues, de su muerte  
La sabe quien la hizo y Dios.

## ORIENTAL.

No pude selle mudable  
A aquella cuyo nasci.  
*Rom. general.*

## I.

"Escucha, hermosa cristiana,  
Mis amores,  
No se estrellen mis dolores  
En los vidrios de colores  
De tu gótica ventana.

Años há, bella señora,  
Que tu vista encantadora,  
Apetecida,  
De Córdoba en los jardines  
Matóme por darme vida.  
Y en tanto que te acataban  
Y tus favores gozaban  
Mil paladines,  
Azarque, en inútil queja,  
Tus esquivaces plañia  
Llorando al pié de tu reja.

Escucha, hermosa cristiana,  
Mis amores,  
No se estrellen mis dolores  
En los vidrios de colores  
De tu gótica ventana.  
¡Ah! ¿qué importa que al Profeta  
En adoracion secreta  
Yo bendiga,  
Y adores tú al Nazareno,  
Si en blanda coyunda amiga  
Un solo amor nos uniera!  
Cristiana mas hechicera  
Que el ameno  
Paraiso, no te cura  
De las palabras del conde,  
Que han de ser mi desventura.  
Escucha, hermosa cristiana,  
Mis amores,  
No se estrellen mis dolores  
En los vidrios de colores  
De tu gótica ventana."

## II.

Así de la luna al brillo  
En tono blando y sencillo  
Cantaba voz varonil,  
Y del moro las querellas  
Vertiendo lágrimas bellas  
Oía dama gentil.

Abrió á medias su ventana  
Que con flores engalana  
La dama, y así cantó:  
Triste su cántico apenas  
Perdido entre las almenas  
Un solo instante vagó.

"Cristiana ¡oh moro! nací,  
Y me matan con rigor  
¡Ay de mí!  
Mi religion y mi amor,  
Y huyo á mi pesar de tí.  
Huye de aquí."

La voz se heló en su garganta,  
Cayó y rompióse la lira,  
Al moro estática mira,  
Mas ya ni le ve ni canta.

No canta, que en llanto amargo  
Sobre el pecho la cabeza  
Ahoga tanta terneza  
Un amoroso letargo.

„¿Por qué (dice desde el foso  
El moro), bella cristiana,  
Por qué me velas tirana  
Ese rostro candoroso?"

La cristiana amada en tanto  
Miraba y no le veía,  
Solo en el muro se oía  
Triste y angustiado llanto.

Y viendo que no responde,  
El moro desesperado  
A llamar iba ya osado  
En el castillo del conde.

## III.

Sobre alazan de Córdoba brioso,  
Ceñido el cuerpo de la doble malla,  
El señor del castillo llega en tanto  
A su opulento alcázar.  
Por la penosa orilla del torrente  
Se oye cuál crujen á compas sus armas  
A par que estrepitosas se derrumban  
Entre espuma las aguas.  
Llegó al castillo, y al tocar al puente  
Miró en el muro pálida á su hermana,  
Y volviéndose al moro amenazóle  
Con la robusta lanza.

"¡Infel, al fin! ya yo me lo sabia,"  
Dijo el conde entre sí lleno de rabia,  
Y alzó la voz despues: "Mahometano,  
¿Son estas tus palabras?"

Si ya no eres cristiano tu rodela  
Y ese corcel apresta que descansa.  
Tú lo juraste, moro, que conmigo  
Serias en batalla.

—¿Por qué el conde cristiano me acomete  
Si amor quitó la libertad al alma?  
—Tú lo juraste, moro, que conmigo  
Serias en batalla.

—Yo cristiano no soy, repuso el moro,  
Yo no soy sino amor para tu hermana:  
¿Mas qué importa mi fé ni la fé suya

Si como yo me ama?  
—No blasfemes, infel, si en tu creencia  
Tornaras á mirar estas murallas,  
Tú lo juraste, moro, que conmigo  
Serias en batalla."

## IV.

Dijo el noble de Castilla,  
Y del torrente en la orilla  
Aguardó.

¿Qué hace el moro que injuriado  
En la muralla apoyado  
Se quedó?

¿Porqué el conde le provoca  
Con voz que al honor le toca  
Y con furor,

Y el moro sombrío en tanto  
Mostrando está con su llanto  
Su dolor?

Errante su mirar vaga,  
Y almete, r dela y daga  
Lejos de él

Con ira arrojó demente  
Y así habló con voz doliente  
El infiel:

"Adios, hourí idolatrada  
Del corazon africano,  
Pues que por suerte traidora  
Te pierdo agora,  
Muere con tu Dios cristiano,  
Yo moriré en mi fé mora."  
Y hácia el conde que le espera  
Rápida y firme carrera  
Dirigió.

Y allá en el agua espumosa  
La caída estrepitosa  
Resonó.

## V.

Mientras la bella cristiana  
En su gótica ventana  
Exhala un ay de pavor,  
Del agua allá en lo profundo  
Lanza el moro en este mundo  
El postrer ¡ay! de su amor.

Valladolid.—1836.

## UNA AVENTURA DE 1360.

## ROMANCE.

En las frondosas campiñas  
Que con sus hondas serenas  
Fecunda el Guadalquivir  
Antes que en el mar se pierda,  
Sentada está una ciudad  
Que majestuosa ostenta  
Lo atrevido de sus torres,  
Lo antiguo de sus almenas.

El rio su bella imájen  
 En su corriente refleja  
 Pasando enorgullecido  
 Por pasar tan junto á ella.  
 Y ella se mira en sus aguas  
 Contemplando allí altanera  
 Su antigüedad y poder  
 Y su proverbial belleza.  
 Espesos muros la ciñen,  
 Y frondosísimas huertas,  
 Y apiñados olivares,  
 Y fertilísimas vegas.  
 Radiante sol la ilumina,  
 Y la bordan sus laderas  
 Altos y copados árboles  
 Y olorosas flores bellas.  
 Alegre gente la vive,  
 Que las calurosas siestas  
 Y las perfumadas noches  
 Pasa al son de la vihuela,  
 Ya en sus entoldados patios  
 Entre fuentes y macetas,  
 Ya en sus floridos jardines  
 Gozando sus auras frescas.  
 Ciudad de hermoso recuerdo,  
 Ciudad bella entre las bellas,  
 De los moros es envidia,  
 De los cristianos soberbia.  
 Sevilla, en fin, y esto basta,  
 Que todo el nombre lo encierra,  
 Y hablando de la hermosura  
 Todo es una cosa mesma.  
 En Sevilla, pues, y en una  
 Noche azulada de aquellas  
 En que la luna derrama  
 Tranquila claridad trémula,  
 Y en lo cóncavo del aire  
 Resplandecen las estrellas,  
 Y más allá con más brillo  
 Los luceros reverberan;  
 En una de aquellas noches  
 En que todo se presenta  
 Blanco, pacífico, hermoso,  
 Y que la mente embelesa,  
 Y los sentidos embriaga  
 Y el corazón ensajena;  
 Noche de aventuras propia  
 En mil trescientos cincuenta  
 (Edad en que esto pasaba  
 Si mi memoria no yerra),  
 Por la calle de la Sierpe,  
 Media noche siendo apenas,  
 Dos hombres en la ancha plaza  
 Con prisa y silencio se entran.  
 Largas capas les envuelven,  
 No porque precisas sean,  
 Sino porque bien les cubran  
 De las personas las señas:  
 Por el lado de la sombra  
 Punta á punta la atraviesan  
 De la calle de la Sierpe  
 Hasta la calle de Génova,  
 Y el bulto de sus espadas

Que bajo la capa llevan,  
 Las plumas de sus birretes  
 Y el rumor de sus espuelas  
 Por hidalgos les acusan,  
 Por más que entrambos se empeñan  
 En pasar como personas  
 De común raza plebeya.  
 Al fin cuando ya contaban  
 Tomar una callejuela  
 Que al alcázar los llevase  
 Sin pasar frente la iglesia,  
 Paróse el más alto de ellos  
 Diciendo: "¿Qué sombra es esa  
 Que tras el pilar se oculta,  
 Benavides? Yo dijera  
 Que es un hombre."

—Y Benavides

Al que pregunta contesta:  
 "Llegad, señor, sin cuidado,  
 Que ya imagino quién sea  
 Y hará paso al conocerme,  
 Que es hombre que me respeta,  
 Porque me debe favores  
 E hicimos juntos la guerra."  
 Siguió andando Benavides,  
 Siguió el otro, por respuesta  
 Dándole solo el silencio  
 Que satisfacerle muestra,  
 Y frente al hombre llegando  
 Que junto al pilar espera,  
 Mostrándose Benavides  
 Dejó franca la carrera.  
 "Dios te guarde, Andrés," le dijo  
 El que va, pasando cerca.  
 "Buenas noches," dijo el hombre,  
 Saludando con llaneza:  
 Y pasaron los hidalgos  
 Y siguió el otro en su espera.  
 Y entre los dos que se van  
 Por la oscura callejuela  
 Conversación en voz baja  
 Se entabló de esta manera:  
 "¿Quién es ese hombre?"

—Un soldado

Que entró poco hace en la regla  
 De San Francisco, cansado  
 Del servicio y de la guerra.  
 —¿Y por qué precisamente  
 En tal ocasión lo deja,  
 Pudiendo darle fortunas  
 Estos tiempos de revueltas?  
 —Dice que al rey Don Alonso  
 Sirvió de grado, y por fuerza  
 No quiere servir á nadie.  
 —Ya entiendo

—Señor...

—Le lleva

La opinión del vulgo necio,  
 Que mal de Don Pedro piensa.  
 —Ya veis, señor, pues al claustro  
 Se acoge, con su conciencia  
 Se lo habrá mirado bien.  
 —Y á tales horas, ¿qué espera

Solo en mitad de la plaza  
 Sin el traje de su regla?  
 —Señor, es historia larga.  
 —Tal cual es quiero saberla.  
 —Son cosas que importan poco.  
 —A mí todo me interesa;  
 Decid, pues.

—Pues escuchad.

Ya sabeis que representan  
 Al rey los monjes Franciscos,  
 Que habiendo en su casa mesma  
 Un manantial necesario  
 Para el buen servicio de ella,  
 El derecho á los vecinos  
 Se les quite de que puedan  
 Servirse de él en su daño  
 Porque sin agua les dejan.  
 Los vecinos, como tienen  
 Aquella fuente más cerca,  
 Para tomarla á su gusto  
 Su viejo derecho alegan.  
 —Y tienen razón, y el rey  
 Se las da.

—Por esa muestra

De su real benignidad  
 De los vecinos se aumenta  
 La osadía, y de los monjes  
 El trabajo y la impaciencia.  
 De aquí nacen las hablillas,  
 Las voces y las quimeras:  
 Los vecinos á los monjes  
 Tal vez obligar intentan  
 A que de noche y de día  
 Les tengan franca la puerta.  
 Los monjes quieren cerrarla  
 Como lo manda su regla,  
 Y esto ocasiona denuestos  
 Y escandalosas pendencias.  
 Los vecinos traen soldados,  
 Gente de su parentela;  
 Los frailes sacan domésticos  
 Y deudos que los defiendan:  
 Y como ven que su rey  
 Lo que le piden les niega,  
 Los del pueblo cobran brios  
 Y los frailes se exasperan.  
 Esto duró hasta que Andrés,  
 Hombre á quien nada amedrenta,  
 Hombre que usa de las armas  
 Con asombrosa destreza,  
 Con sus escrúpulos dando  
 De una sola vez en tierra,  
 Así su espada saliendo  
 De los suyos en defensa.  
 Burlábanse al principio,  
 Mas él se ha dado tal priesa  
 En asestar cintarazos  
 Con tal fortuna y destreza,  
 Que del manantial los monjes  
 Son dueños á la hora de esta.  
 —¿Tan bizarro es ese Andrés?  
 —Tan bizarro y tan á prueba,  
 Que él solo guarda la plaza,

Y ninguno se le acerca.  
 —El miedo de los villanos  
 Es quien su valor pondera.  
 —De quien queráis informaos;  
 Vereis que nadie lo niega.  
 Es hombre, que si le dicen  
 Que una calle por apuesta  
 Guarde una noche, es seguro  
 Que nadie pasa por ella.  
 —¿Y no hay justicia en Sevilla,  
 Un hombre que le contenga?  
 —Ya veis, se acoge á sagrado,  
 Y los bravos le respetan.

Murmuró el que preguntaba  
 Unas palabras inciertas  
 Que espiraron en murmullo  
 Cual pronunciadas apenas.  
 Y como á un postigo oculto  
 Que da al alcázar se llegan,  
 Callaron ambos á dos  
 Llamando á espacio á la puerta.  
 Abrióse un pajecillo,  
 Y entrando los dos por ella  
 Quedó el silencio en el aire  
 Y en soledad la plazuela.

Está la siguiente noche  
 Tocando en la misma hora,  
 Y desde el zenit vertiendo  
 La luna luz melancólica.  
 Ni una ráfaga de viento  
 La soledad silenciosa  
 Interrumpe, ni una nube  
 Del cielo el azul entolda.  
 Toda Sevilla es silencio,  
 Reposo Sevilla toda,  
 Que duerme al son que la arrullan  
 Del Guadalquivir las ondas.  
 Apenas de tarde en tarde  
 Atraviesa una persona  
 Las calles á largos pasos,  
 O en una reja se apostá;  
 Y los grandes edificios  
 Que la estensa plaza forman  
 Sobre el suelo de la plaza  
 Tienden su gigante sombra.  
 En un pilar apoyado  
 De una callejuela angosta  
 Por do un largo pasadizo  
 En la plaza desemboca,  
 Hay un hombre que está en vela,  
 Y á quien la noche medrosa  
 Presta contornos fantásticos  
 Y faz amenazadora.  
 Inmóvil en la oscuridad,  
 No parece que le importan  
 Ni el relente de las noches  
 Ni el ver que pasan las horas.  
 Si espera á alguien, nadie acude  
 A la cita misteriosa;  
 Si aguarda algún hora fija  
 Su venida fué bien pronta.

Frente por frente al convento  
De San Francisco se aposta,  
Cuya puerta se ve franca  
Como abandonada y sola.  
¿Es que aquel hombre la guarda?  
¿O es que en acecho la ronda?  
Porque él la guarda ó la acecha  
Con una intencion incógnita.

En esto la plaza adentro  
Por la calle de la Sierpe  
Un hombre desembocando  
A largos pasos se mete.  
Un solo punto los ojos  
En su derredor revuelve,  
Y viendo al hombre que aguarda  
Vase á él rápidamente,  
El sombrero hasta las cejas  
Y el embozo hasta los dientes:  
Llegó al que esperaba, y plática  
Entablaron de esta suerte:

—¿Andrés?  
—¿Quién me llama?  
—Un hombre.

—¿Me conoce?

—Sí.

—¿Qué quiere?

—Que tenga para tu algibe  
Un privilegio mi gente.  
Me han dicho que tú tan solo  
A tu convento defiendes,  
Y que cejan los villanos  
Y la canalla te teme.  
—Y te han dicho la verdad.  
—Por eso precisamente  
He venido aquí esta noche,  
Por si al cabo empacho tienes  
En dejarme hacer de día  
Lo que de noche no entiende  
Ninguno en el barrio.

—Hidalgo,

Si eso trae, errado viene:  
Todos han de tomar agua,  
O nadie absolutamente.  
—¿Con que contra el rey te opones,  
Que lo contrario te advierte?  
—Yo contra el rey no me opongo,  
Mas cuido mis intereses;  
Y pues por ellos no cuidan,  
Siendo inútiles, sus leyes,  
Hombre á hombre, y fuerza á fuerza  
Aquí has de encontrarme siempre.  
Será injusticia y escándalo,  
Será cuanto se quisiera,  
Mas á quien osados cargan  
Necio es si no se defiende.  
—Hazlo pues.

—En hora buena,

Hidalgo, y tened presente  
Que habeis venido á buscarme.  
—Menos hablar y defendéte.

Y esto diciendo uno y otro

A cuchilladas se meten  
Con tanto brio, que chispas  
De las espadas encienden.  
El caballero le carga  
Tan fiera y bizarramente,  
Que el hacerle cara el otro  
Hasta milagro parece.  
Dan, vuelven, paran, reciben,  
Ni uno ceja, ni otro cede;  
Andrés con calma y acierto,  
El otro como una sierpe:  
Mas es inútil: el monje  
Es tan diestro y es tan fuerte,  
Que aunque es el hidalgo un hombre  
Que como un tigre revuelve,  
Y cuyo brazo muy pocos  
A resistirle se atreven,  
De poco ó nada le sirven  
Lo que sabe y lo que puede.  
Al fin, el monje, mirando  
Que el intento con que viene  
Es tal que mucho peligra  
Si no se concluye en breve,  
Lanzóle tal multitud  
De tajos y de reveses,  
Que el otro cejó seis pasos  
Diciendo: "¡Demonio, tente!"  
Túvose Andrés, y el incógnito,  
La mano franca tendiéndole,  
Dijo: "Lo que quieras pideme,  
Que todo te lo mereces.  
—Yo nada de vos espero.  
¿Qué podeis vos ofrecerme?  
—A todo por tu valor  
El rey Don Pedro se ofrece.  
—Señor, exclamó el buen monje  
Ante sus plantas rindiéndose,  
Perdonad si anduve osado...  
—Andrés, obraste valiente:  
Concédote lo que quieras  
Para que de mí te acuerdes.  
—Señor, de nuestra agua os pido  
La propiedad solamente.  
—Desde esta noche á los monjes  
Anuncia que la poseen."  
Y tomando el rey Don Pedro  
Por el callejon de enfrente,  
Volvióse al convento el fraile  
Agradecido y alegre.

#### LAS ESTOCADAS DE NOCHE

ROMANCE.

I.

Las lágrimas de los ojos  
Disimuladas apenas,  
Mal prendidos los cabellos,  
Mal tocada y mal compuesta,  
Está en un sillón Elvira

La faz y las manos trémulas,  
Como criminal que incierto  
Visita del juez espera;  
Y los pasos de Don Lope  
Escuchando en la escalera,  
Mas se turba cuando cauta  
En disimular se empeña.  
Entró en la estancia Don Lope,  
Y al apercibirse de ella,  
La dijo con voz pausada  
Entre amorosa y severa:  
"¿Tú lágrimas en los ojos?  
¿Por los cielos que me admira!  
¿Quién pudo en ellos, Elvira,  
Herirte con tal rigor?  
¡Oh! ven, Elvira, á mis brazos,  
Ven á contarme tus duelos,  
Que si no admiten consuelos  
Admitirán vengador.  
La faz escondes turbada,  
La frente pálida inclinas,  
Esas rosas purpurinas  
¿Quién aja traidor así?  
¿No me respondes y lloras?  
Pues te obstinas en callarlo,  
Ve que acaso averiguarlo  
Me toque despues á mí.  
Pudiera serme un secreto  
Lo que tu labio confiese;  
Mas puede ser que nos pese  
Lo que yo sepa á los dos.  
Pero á traves de esa reja  
Han pronunciado tu nombre...  
¡Oh! dime, Elvira, el de ese hombre,  
Dilo, ó mueres, ¡vive Dios!"

Así Don Lope diciendo  
Asióla de las muñecas,  
Y entornando la ventana  
Mató de un revés la vela.  
Resistió, mas sujetóla;  
Quiso gritar, mas apenas  
Lanzó una voz, la garganta  
Contra el almohadon la aferra.  
Sonó por segunda vez  
Desde la calle la seña,  
Y con acento finjido  
Dentro Don Lope contesta.  
A poco oyéronse pasos  
De alguno que sube á tientas,  
Con los rotos escalones  
Tropezando en las tinieblas.  
Y en el silencio solemne  
De aquella medrosa escena,  
Del corazon de Don Lope  
Todos los golpes se cuentan.  
Elvira, dijo el que entraba;  
Mas viéndose sin respuesta,  
Volvió á repetir el nombre  
Dentro de la sala mesma.  
Todo allí es sombra y silencio,

Todo es soledad en ella;  
Solo una chispa encendida  
Dentro del pábilo humea,  
Que no ardiendo sino un punto,  
La lobreguez mas aumenta;  
Y el humo con que se ahoga  
Fétido el pábilo deja.  
Las manos tendió adelante.  
Y avanzando así el que llega  
Con el rostro de Don Lope  
En la oscuridad tropieza.  
"¿Quién va?" preguntó; y su acento  
Siguiendo mano certera,  
De una robusta puñada  
Tendióle de espalda en tierra.  
Asidos ambos á dos  
En la sombra forcejean,  
Y el duro son de la lucha  
Confuso en la sombra suena.  
Y sin duda á ambos importa  
El secreto y la cautela,  
Porque trabajan las manos  
Y se recata la lengua.  
A cóncavos resoplidos  
Ambos los pechos alientan,  
Pero no lanzan los labios  
Una exclamacion siquiera.  
Así, en contados instantes  
Los dos combatientes ruedan,  
Hasta que á verse alcanzaron  
Gente y luces que se acercan.  
Abriéronse las mamparas,  
Y casi en el linde de ellas  
Hallóse un hombre en silencio  
Y embozado hasta las cejas.  
Miróle un punto Don Lope,  
Y vuelto con voz resuelta  
A los que acudieron, dijo:  
"Paso;" y ganando las puertas  
Llevósele por delante  
Medio á bien y medio á fuerza.

II.

Negra es la noche, y el cierzo,  
Que en son revoltoso gime,  
Rasgándose en las esquinas  
De miedo la sombra viste.  
Por un callejon estrecho  
Que de pasadizo sirve  
A una iglesia, va Don Lope  
Con el otro que le sigue.  
Al llegar ante un farol  
Que medio agoniza y vive,  
Colgado en un esquinazo  
Ante un cuadro de la Virgen,  
Túvose bajo él Don Lope,  
Y en voz imperiosa y firme  
Desenvainando la espada  
Esto al incógnito dice:  
"O quién sois ó qué valeis  
He de saber; elejid.  
—Enhorabuena, reñid,

Que quien soy ya lo vereis.  
—¿No teneis otra disculpa?  
—Vuestro empeño será en vano;  
Las espadas en la mano,  
Entrambos tenemos culpa.”  
Y así diciendo, uno á otro  
Con tal denuedo se embisten  
Que brotan chispas las hojas  
Con los tajos y los quites.  
Ambos en el mismo sitio  
Ninguno vence ó se rinde:  
Ni en uno temor se alcanza  
Ni á otro mas valor asiste,  
Segun á la luz incierta  
Desde luego se distinguen  
De entrambos á dos las sombras  
Que en tierra clavadas riñen.  
Mas el rumor temeroso  
De la lucha se percibe,  
Sin que un ¡ay! ni una palabra  
Se oiga en trance tan difícil.  
Dijérase al ver lo innóviles  
Que ambos en ello persisten,  
Que son dos sombras de un sueño  
Que á alguno en la noche aflige.  
Tal vez de dos enemigos  
Que un mismo ataúd dividen,  
Creyéranse las fantasmas  
Que, concibiendo imposible  
Un mismo sudario entrambos  
Ni un mismo lecho partirse,  
Alzáronse despechadas  
En aparicion visible.  
Abrióse en esto una reja,  
Otra á poco se oyó abrirse,  
Luego otras muchas, y luego  
Cerca pasos se perciben.  
Alumbróse de repente  
La calle, y al lejos dicen:  
“Téngase al rey.” Y en un punto  
La justicia les divide.  
Cercáronlos desatentos  
Soldados y ministriles,  
Que al tomarles los estoques  
Por ellos derechos piden.  
Y tanto crece la zambra  
Y los confusos lelés  
De unos que dicen “soltarles,”  
Y otros que “á la cárcel” dicen,  
Que echando mano al embozo  
El que con Don Lope riñe,  
Partió el tropel de por medio,  
Y en alientos varoniles  
Gritando “lugar al rey,”  
Hace que á su voz se inclinen  
Cayendo en tierra de hinojos  
Cuantos alcanzan á oírle.  
“Señor . . .” murmuró Don Lope,  
La faz con rubor humilde,  
Y el rey con blanda sonrisa  
Levantándole le dice:  
“Valiente sois, caballero,  
Y en despecho de la ley

Supísteis que siendo rey,  
He sido hidalgo primero.  
Libre estais, y afecto os soy:  
Venid mañana á palacio  
Y hablarémos mas á espacio  
De las cuchilladas de hoy.  
Pero no volvais á vella,  
O por infame os tendré,  
Que os juro, Don Lope, á fé  
Que no sabeis quién es ella.”  
Esto dicho, el rey volviése,  
A la ronda se dirige,  
Y ante las rejas de Elvira  
Así en voz alta prosigue:  
“Aquí hay presa de la ley;  
Entrad la casa en mi nombre,  
Y cubrid mi error de hombre  
Con mi justicia de rey.”

### EL CABALLERO

#### DE LA BUENA MEMORIA.

LEYENDA TRACIONAL.

#### INTRODUCCION.

Perdidas de Villalar  
En la sangrienta jornada  
De los bravos comuneros  
Las últimas esperanzas,  
Sus gavillas por do quiera  
Rendidas ó derrotadas,  
El arzobispo Merino  
A Toledo gobernaba.  
Doña María Padilla  
Aun con briosas arrogancia,  
Digna de mejor fortuna  
Y de mas dichosa causa,  
A pesar del arzobispo  
Y las tropas castellanas,  
Teníase con sus gentes  
Defendida en el alcázar;  
Pues en someterse al rey  
Toledo la mas reacia  
Ciudad siendo, á ella acudieron  
De todas partes de España  
Cuantos comuneros fieles  
A su partido quedaban.  
Avivaban en secreto  
Con astucia y con audacia  
La fé de Doña María  
Y gentes la reclutaban,  
Noticias proporcionándola  
Con dineros y con armas  
Los que en la ciudad vivian  
Y en su fortuna esperaban.  
Distinguíase entre todos  
Doña Elvira de Montadas,

Fanatizada al extremo  
Por políticas patrañas.  
De la mujer de Padilla  
Del valor enamorada  
Otra heroína como ella  
Llegar á ser anhelaba.  
Hermosa y rica, de amantes  
Y galanes rodeada,  
Mucho la Elvira podia,  
Mucho la Elvira lograba.  
Despues que muchos prosélitos  
Logró inducir por sus gracias,  
A un mozo rico y gallardo  
Con doble intento escuchaba.  
Era Don Juan de Zamora,  
Mancebo de noble casa,  
Hijo de una noble viuda  
Que en el mancebo adoraba.  
Seguido habia éste siempre  
Del emperador la causa,  
Y contra los comuneros  
Combatido en cien batallas.  
Mas ciego de amor por ella,  
Y poco ducho en las cábalas  
De cortesanos amaños,  
En ganarle no dudaba.  
Tan sencilla en otro tiempo  
Como hermosa y como ingrata,  
Esta engañadora circe,  
Esta fanática dama,  
A Don Pedro de Guzman  
Tenia muy empeñada  
Con mil promesas de amor  
De casamiento palabra.  
Mas de ilustrísimo tronco  
El de Guzman siendo rama,  
Al rey Don Carlos primero  
Asistia en Alemania,  
Al servicio de un magnate  
Que iba en boga en la privanza  
Del bizarro emperador,  
Que con su amistad le honraba.  
Así las cosas del mundo  
Se trastornan y se cambian,  
Y así mudan á las gentes  
El tiempo y las circunstancias.  
Don Pedro en la imperial corte  
Del bullicio se cansaba,  
Y se doblaba su amor  
Con el tiempo y la distancia,  
Y la distancia y el tiempo  
El de su Elvira menguaba,  
Y el diablo de la política  
Se apoderaba de su alma.  
A su patria y á su amor  
Guzman con volver soñaba,  
Y ella soñaba quimeras  
De libertad y de patria.  
El por volver á Toledo  
Y á los pies de su adorada,  
Honor, ambicion y dicha  
Desatinado olvidaba.  
Elia por dar con sus hechos

A su nombre eterna fama,  
Pensaba con necio orgullo  
En quiméricas hazañas.  
Recordaba su hermosura  
El en ausencia adorándola,  
Y ella olvidaba su amor  
Por quien no se lo estimaba.  
Servíase la Padilla  
Y la gente á ella allegada  
De su influencia en el pueblo,  
De sus amaños y cábalas:  
Y creía ser Elvira  
El faro de su esperanza,  
La fé de sus corazones,  
La alcaidesa de su alcázar.  
Creía que á una voz suya  
En la ocasion arriesgada  
Como por Doña María,  
Por ella se levantarán.  
Que todos los comuneros  
En el peligro mirándola  
La regia soberanía  
Dividirían entrambas.  
Y en estos sueños de gloria  
La Doña Elvira embriagada,  
Perdía cuanto tenia,  
Y las leyes provocaba.  
Así son todos los necios,  
A cuanto ignoran se lanzan;  
Lo que les importa olvidan,  
Y solo el desprecio ganan.

Y mientras en la rebelion  
Ella á Don Juan empeñaba,  
Enamorado Don Pedro  
Se volvía para España.

En oculto gabinete  
De la habitacion de Elvira  
A deshora de la noche  
Con ella Don Juan platica.  
Y aunque él no entienda palabra  
De su enredada política,  
Porque la adora fanático,  
A cuanto exige se obliga.

DOÑA ELVIRA.

¿Lo entendeis, Don Juan?

DON JUAN.

Si á fé.

DOÑA ELVIRA.

Lo entendiera un escolar.  
De todo se os ha de dar  
El cuándo, el cómo, y por qué.

DON JUAN.

Yo, Elvira, soy un soldado,  
Que entre soldados metido  
Nunca otra cosa he sabido  
Que combatir como honrado.  
Desde muy niño os amé,  
Y como os juzgué perdida,

En poner fin á mi vida  
Como soldado pensé.  
Hoy otra vez me llamis  
En secreto á vuestro lado,  
Y siento no haber cambiado  
De sér como vos cambiáis.  
¿Qué queréis? Si no éé mas  
Que amaros y combatir,  
Así me habeis de admitir,  
O habeis de volver atras.

DOÑA ELVIRA.

Así os quiero: que a fé mia  
Que cortesanos amores  
Son solo amaños traidores  
Para vencer algun dia.  
Yo os quiero, Don Juan, así,  
Porque me basta un galan  
A quien servir con afan  
Y de algo me sirva á mí.

DON JUAN.

Cuanto lo hayais meditado,  
Cuanto la suerte os ayuda  
Está bien claro sin duda:  
¿Pero á qué me habeis llamado?

DOÑA ELVIRA.

Bien se conoce, por Dios,  
Que sois un soldado bueno:  
El plan es, Don Juan, ajeno,  
Lo que os manden hareis vos.

DON JUAN.

¿Y quereis que yo consienta  
Que á la primera demanda . . .

DOÑA ELVIRA.

Cuando Elvira es quien os manda,  
Obedecerla os va en cuenta.  
Pues ella arriesga en un dia  
Cuanto vale y cuanto tiene,  
A vos, Don Juan, os conviene  
Fiar causa que ella fia.  
¿O no la amais?

DON JUAN.

¿Por los cielos!

¿Dudareis de mi cariño  
Cuando por vos desde niño  
Estoy muriendo de celos?  
¿Pensais que la injusta ley  
De una opinion me amedrente,  
Cuando por vos solamente  
Soy desleal á mi rey?

DOÑA ELVIRA.

Así os quiero: así va bien:  
¿Pensais que sobran ahora  
Vuestros castillos de Illora,  
De Montilla y de Jaen?  
Vos, Don Juan, sois un valiente  
Y un honrado castellano,  
Mas no habeis de cortesano  
Ni un cabello solamente.

Con que dejaos gnar  
Por quien sabe mas que vos,  
Y así podremos los dos  
Hasta la orilla llegar.  
Vuestra madre, ya lo sé,  
Con vuestro amor se disgusta.

DON JUAN.

Sin duda, Elvira, la asusta  
Que comprometais mi fé.  
Siempre de los comuneros  
Fué enemiga.

DOÑA ELVIRA.

Sí, lo ha sido;  
Mas ya habeis, Don Juan, salido  
De la niñez; y os da fueros  
Para obrar á vuestro antojo  
La ley.

DON JUAN.

Sí que me los da:

Mas mi madre . . .

DOÑA ELVIRA.

Callará  
Si logramos nuestro arrojito.  
¿Disponéis de mucha gente?

DON JUAN.

De hasta unas cincuenta lanzas.

DOÑA ELVIRA.

¿Y son gente de esperanzas?

DON JUAN.

Aguerrida y obediente.

DOÑA ELVIRA.

¿Y las teneis muy distantes?

DON JUAN.

Traerlas mañana puedo.

DOÑA ELVIRA.

Pues cuidad de que en Toledo  
No os vean curiosos antes.  
No salgais, Don Juan, de dia  
Y esperad á mi mandato;  
Si pudiera un mentecato  
Sospecharlo, nos perdia.  
Mas siento gente: aquí entrad.  
Espero á un hombre que puede  
Cuando todo en sombra quede  
Sacaros de la ciudad.  
Por esa escala moruna  
A una torre vais á dar,  
Y allí podeis esperar  
Ocasión mas oportuna.

Y así diciendo, mostróle  
Una entrada Doña Elvira  
Por do guiaba á la torre  
La escusada escalerilla.  
Y oyendo seña secreta  
Que por la opuesta la hacian,

GABRIEL.

Algun hidalguillo  
Que habrá á mis hermanos pedido, á pagar  
Con un vinculejo ó mohoso castillo,  
Y al paso me pudo por otro tomar.

DOÑA ELVIRA.

¿Mas dar con la puerta pudiera?

GABRIEL.

Imposible . . .

Ví que sin sospecha adelante pasó.  
¿Mas qué hay de aquel hombre?

DOÑA ELVIRA.

Ya está.

GABRIEL.

¿Y es posible

Que fiel . . .

DOÑA ELVIRA.

Como un muerto.

GABRIEL.

Tal le quiero yo.

¿Y es hombre . . . ?

DOÑA ELVIRA.

Bizairro.

GABRIEL.

¿Su gente?

DOÑA ELVIRA.

Segura.

GABRIEL.

¿Y cuándo?

DOÑA ELVIRA.

Mañana podrá estar aquí,  
Con tal que la noche con nieblas oscura  
Le ayude al secreto.

GABRIEL.

Sin duda que sí.

¿Mas quién me responde . . . ?

DOÑA ELVIRA.

Yo misma.

GABRIEL.

Adelante.

DOÑA ELVIRA.

Amores me tuvo . . . niñeces.

GABRIEL.

¿Será . . . ?

DOÑA ELVIRA.

Un buen castellano: soldado ignorante,  
Que cuanto amorosa le mande, lo hará.

GABRIEL.

Mirad que los necios . . .

DOÑA ELVIRA.

Son medios muy buenos  
Que pueden á planes ajenos servir,  
Y luego se apartan cual muebles ajenos.

Abrió, y dió paso á un tercero,  
Siguiendo la escena misma.  
Era el tal un hombre viejo,  
Cuyo exterior parecia  
De soldado y mercader  
Composicion peregrina.  
Negra y cumplida una capa  
Todo su cuerpo envolvia,  
Mostrándose bajo de ella  
El espadon de su cinta.  
Y nadie acaso mirándole  
Asegurar osaria  
Si era sangriento bandido  
O usurero prestamista:  
Pues en su torvo semblante  
A un mismo tiempo se pintan  
La audacia del bandolero  
Y el temor de quien conspira.  
Saludó brusco á la dama  
Que á adelantarse le invita,  
Y plática tal trabóse  
Entre aquel hombre y Elvira.

DOÑA ELVIRA.

Entrad.

EL HOMBRE.

Dios os guarde.

DOÑA ELVIRA.

Gabriel, bien venido.

Venís azorado.

GABRIEL.

Sí, á fé.

DOÑA ELVIRA.

¿Qué teneis?

GABRIEL.

Tal vez no nos pierde por poco un descuido.  
Mas no ha sido nada.

DOÑA ELVIRA.

¿Por Dios que acabeis!

GABRIEL.

Apenas volvia la calle tortuosa  
Que entrada secreta nos da al callejon,  
La huella de un hombre sentí recelosa:  
La faz con la capa cubrí á precaucion.  
Seguí decidido, mas frente por frente  
Con un embozado maldito me dí.  
Miró, recatéme, seguí indiferente,  
Paróse, y á poco volvió tras de mí.

DOÑA ELVIRA.

¿Dios mio!

GABRIEL.

Yo astuto, temiendo que un corte  
Me diera al camino, la esquina gané;  
Hallé apresurado el oculto resorte,  
Deshice en la sombra mi sombra y entré.

DOÑA ELVIRA.

¿Mas o conocisteis . . . ?